

**EL SISTEMA MISIONAL JESUÍTICO
EN BAJA CALIFORNIA: DOMINACIÓN
COLONIAL Y RESISTENCIA INDÍGENA**

*María Victoria Guevara **

* Doctoranda en Historia y Sociedad en América, Universidad de Sevilla. La investigación doctoral se realiza con el auspicio de la Fundación Caja Madrid. e-mail: mguevaraerra@yahoo.es

RESUMEN

Después de 37 años de labor misionera de la Compañía de Jesús en Baja California, una gran sublevación azotó sus reducciones situadas en el sur peninsular. La rebelión, iniciada por uno de los grupos de más tardía incorporación, amenazó la permanencia de la Orden y de las fuerzas hispanas en la región. Su estallido estuvo directamente relacionado con el sistema misional implantado por los jesuitas y su difícil adaptación al medio natural y humano de la península. Como consecuencia, la región sufrió una fuerte caída demográfica que no impidió la explosión de otras revueltas. Estas, aunque de menor magnitud, decidieron finalmente a la Corona a ordenar la creación de un segundo presidio en la zona meridional del territorio.

Palabras claves: jesuitas - misiones - Baja California - rebelión indígena

ABSTRACT

After 37 years of conversion done by the *Compañía de Jesús* in Baja California, a big uprising took place in the *reducciones* located south of the *Península*. The rebellion, triggered by one of the groups of latest incorporation, threatened the permanence of the Order and the Spanish forces in the region. The rebellion was directly related to the missions system established by the Jesuits and its difficult adaptation to the natural and human environment of the *Península*. As a consequence, the region suffered a strong demographic downfall that brought about a several revolts, wich encouraged the crown to establish a second *Presidio* in the southern zone of the territory.

Key Words: Jesuits - mission - Baja California - indigenous rebellion

INTRODUCCIÓN

Desde que en 1521 Vasco Núñez de Balboa avistara las aguas del Océano Pacífico, o Mar del Sur, distintas expediciones partieron para explorar la ruta que podía llevarlas a Oriente, desde Occidente. En 1529 se firmaron las capitulaciones de Hernán Cortés con la Corona. Con ellas el marqués del Valle obtuvo licencia para descubrir y poblar las islas del Mar del Sur. A partir de entonces organizó varias expediciones con ese fin. En 1533 una embarcación de su propiedad, y cuya tripulación se había amotinado bajo el mando de Fortún Jiménez, encontró navegando por el Pacífico unas tierras bastante extensas. Se reconocieron placeres de perlas y el territorio se imaginó una gran isla (González Rodríguez 1985 y León-Portilla 1985). Poco tiempo después se la denominó California, como la mítica isla de la novela de caballería *Las sergas de Esplandián* (Río 1985 y Rodríguez de Montalvo 1998).

LA PENÍNSULA Y SUS HABITANTES

La península de Baja California es una masa de tierra con más de 3000 Kms de litoral localizada entre los paralelos 22°52' y 32°30' N y los meridianos 109 y 117° (Fullola *et al.* 1993). Forma parte de los actuales territorios de México y limita, al norte, con Estados Unidos de Norteamérica. La rodean el Océano Pacífico por el oeste, conocido en el siglo XVI como Mar del Sur, y el Golfo de California por el este, llamado Mar de Cortés o Mar Bermejo. Ningún punto geográfico de la península dista en línea recta más de 50 ó 60 km de la zona costera, por lo que su estrechez acentúa su carácter semi-insular. Tiene además el mayor conjunto de islas del país. Una cordillera recorre la península de norte a sur. Con esta se definen dos vertientes: la del Golfo, angosta y muy escarpada que forma acantilados, y la del Pacífico, más ancha y con tendencia a la planicie de suave pendiente y valles.

El clima de la región es característico de los desiertos y semidesiertos, con sus variaciones regionales (Piñera 1991: 16). Por lo general, caliente y seco, con temperaturas máximas de 44° C y mínimas de 0° C (Fullola *et al.* 1993: 3). Tiene períodos de lluvias ocasionales, especialmente en el centro y norte. En el sur son frecuentes los chubascos invernales. La península es por

tanto un territorio predominantemente árido, donde la escasez de precipitaciones y el elevado índice de evaporación impiden la formación de corrientes fluviales permanentes, por lo que no se forman ríos de importancia sino solo pequeños arroyos, especialmente en la vertiente oriental. Como la vertiente occidental es de curso muy prolongado, las corrientes de agua no alcanzan a llegar al mar y se pierden en secos arenales.

MAPA 1. Baja California



Preponderan en un 90% los suelos desérticos y semidesérticos que se extienden dejando solo pequeñas regiones de otros tipos en su interior. Los suelos semidesérticos, con pastos bajos y matorrales diseminados, son propios de los climas áridos y tienen poca cantidad de materia orgánica. Pero tiene una particularidad: si se dispone de riego son fértiles y apropiados para los cultivos. Los desérticos se presentan donde se acentúa la aridez del clima en base a la acción del viento y por las variaciones de temperatura (Piñera 1991: 17-18). Por tanto, en la península la vegetación es escasa, con predominio de los sitios formados por conjuntos de árboles de mediana altura asociados a arbustos, o por el conjunto aislado de arbustos, fundamentalmente espinosos, o por pastos. La vegetación de arbustos está formada por una gran variedad de matorrales de tallo grueso, por cactáceas como las chollas, las biznagas y las pitahayas (fruto del cactus *cereus gigante*) y por la yuca. Abundan especies endémicas como el árbol denominado cirio (*Idria columnaris*). En regiones montañosas la vegetación es de pinos, cedros, álamos y encinos (*Ibid.* 20). La fauna característica de este tipo de paisaje de desiertos y semidesiertos son especies como: el ciervo (*Odocoileus hemionus*), el borrego cimarrón (*Ovis canadensis*), el berrendo (*Antilocapra americana*), el puma (*Felis concolor*), el gato montés (*Felis rufus*) y el coyote (*Canis latrans*). Entre las aves están: el zopilote (*Cathartes aura*), y el pelícano (*Pelecanus occidentalis*). La fauna marina es muy variada, tanto en el golfo como en el Océano, e incluye cetáceos y pinnípedos (Fullola *et al.* 1993: 3-4).

En la región existen yacimientos minerales de oro y plata. Además, tal como lo indicaron los europeos que por allí pasaron desde el siglo XVI, en sus fondos marinos se producen perlas.

Los orígenes de su población indígena aún no están totalmente aclarados. Cuando los primeros exploradores españoles llegaron a las costas de la península encontraron grupos humanos a los, que con el tiempo, denominarían con el nombre genérico de californios. Según los datos aportados por Fullola, Petit, Rubio, del Castillo y Bergadà, la datación más antigua se ha hecho en el norte, 14610 ± 270 a.p., en la Laguna Chapala y corresponde a la fase prepuntas de proyectil. También existe una secuencia procedente de la Cueva Baldwin en el noroeste peninsular con una serie cronológica que va desde el noveno milenio a.C. hasta la actualidad. Para el sur las dataciones son imprecisas y se sitúan en concheros (Fullola *et al.* 1993: 4).

La hipótesis más defendida en cuanto a su poblamiento es la de las oleadas migratorias que, siguiendo la ruta de entrada terrestre de la parte septentrional, fueron llegando a lo largo de varios milenios. A partir de este modelo se justificó la clasificación de los indios peninsulares de la época del contacto con los europeos en tres grandes grupos lingüísticos: pericú, guaycura

y cochimí, correspondientes a tres grandes oleadas migratorias. Sin embargo, los recientes estudios históricos, antropológicos y arqueológicos muestran que los grupos que llegaron a la península tenían una composición mucho más compleja, desde el punto de vista lingüístico, social y geográfico que las denominadas 'naciones' cochimí, guaycura y pericú, aunque estos términos se siguen utilizando (Rodríguez Tomp 1999: 43). Dichos estudios permiten asimismo observar que estos grupos no se mantuvieron totalmente aislados, a pesar de las fronteras lingüísticas, sino que hubo corredores de desplazamiento y relaciones entre ellos. Además indican que esta diferenciación estuvo marcada por la llegada y evolución histórica de poblaciones con diversas tradiciones culturales que compartieron tiempo y espacio en la península (Rodríguez Tomp 1999: 44).

Hacia el siglo XVI la población aborígen rondaba los 40.000-50.000 individuos. Sherburne Cook calculó una cifra más exacta para finales del siglo XVII: la de 41.500 indios (Cook 1937: 14). Los tres grupos lingüísticos tenían un gran número de variantes dialectales surgidas probablemente por la dispersión de la población dentro de la península, alcanzando una densidad variable, pero con una media de 0.3 habitantes por km² (Río y Altable 2000: 21). Siguiendo otra vez a Cook, las regiones costeras estaban más densamente pobladas que el interior, fundamentalmente en la zona del cabo de San Lucas (Cook 1937: 6-7). Los antiguos pobladores habían ocupado incluso las islas adyacentes, sobre todo, las del Golfo.

Los grupos humanos peninsulares con los que entraron en contacto los europeos en el siglo XVI se mantenían en un mismo estado de organización social. De todos ellos, solo los cupacas, asentados al norte, tenían una tecnología agrícola incipiente, el resto estaba formado por grupos nómadas estacionales apropiadores, dedicados a la caza, pesca y recolección.

Sus grupos o bandas (llamadas rancherías por los españoles) estaban en continuo movimiento aunque tenían más o menos delimitados sus territorios de recorrido, de acuerdo a los ciclos estacionales (Barco 1988). Esto se manifiesta, por ejemplo en la existencia de grandes concheros cuya enorme acumulación de moluscos denota un prolongado asentamiento y continuo consumo de estos alimentos; o en las crónicas jesuitas que se refieren a la recogida de la fruta conocida como pitahaya (Taraval 1996: 84). Cuando los recursos alimenticios de un paraje se agotaban, el grupo se trasladaba a otro sitio.

Su tecnología lítica se completaba con herramientas de concha, caparzones de tortuga, madera y hueso. Confeccionaban redes, arcos, flechas, etc. Conocían el fuego para asar sus alimentos, pero todos los europeos que estuvieron en la península coincidían en señalar, de acuerdo a sus cánones dietarios, que sus víveres eran escasos, y no pasaban de: "[...] unas raíces a

modo de casabe, algunas frutas agrestes, pescado y unos cibolos montiscos que se asemejan al ganado vacuno”¹.

La caza los aprovisionaba de alguna carne de carnero, venado y aves, o de animales mayores como lobos y coyotes. Pero no todas las zonas proveían de estos alimentos a los aborígenes. En las regiones costeras podían basar su dieta en productos marinos, especialmente moluscos.

El término *ranchería* designaba a un grupo o banda formado por un conjunto de familias ligadas entre sí por lazos de parentesco, por un territorio de recorrido, así como por la necesidad de cooperación y ayuda mutua que les exigía el medio natural para lograr la subsistencia. Cada *ranchería* delimitaba las zonas de recorrido y aprovechaba sus recursos de forma exclusiva (de ahí que se produjeran enfrentamientos armados entre bandas), pero al agotarse el sustento se marchaban a otras comarcas. El carácter itinerante de estos pueblos, provocado por sus actividades de subsistencia, derivó en un reconocimiento muy incipiente y elemental de tenencia de la tierra. En ellos se manifestó como una especie de posesión embrionaria que, en el interesante trabajo sobre la ocupación y uso del suelo en Baja California de Piñera (1991: 27), se califica como “posesión transitoria en grupo”.

En las *rancherías* prevalecía la endogamia pero en celebraciones especiales se acostumbraba intercambiar mujeres, siendo común la poligamia. La autoridad de los jefes o caudillos se manifestaba en los festejos, las guerras o en situaciones de trascendencia para la comunidad. Las mujeres jugaban un papel importante cuando se pedía la paz y esto se manifestó desde los primeros encuentros con los españoles. Así lo describía el capitán Tortolero y Torres, el primer capitán del real y misión de Loreto cuando, después del ataque indígena al mismo, los indios enviaron: “[...] una gran chusma de mujeres, observando la costumbre que tienen cuando quieren asentar la Paz después de haber tenido guerra”².

Las actividades económicas se dividían por sexos: la mujer se dedicaba fundamentalmente a la recolección y el hombre a la caza. Las mujeres podían ser víctimas del robo por parte de grupos enemigos (Taraval, 1996: 163).

Dada la movilidad de los grupos, en ellos no existía tradición en el uso

¹ Representación del P. Salvatierra al virrey Sarmiento y Valladares en Testimonio de Autos sobre el descubrimiento, conquista y reducción de las Californias, México, 5 de julio de 1704. Expediente relativo a la entrada que hizo en California el jesuita P. Salvatierra, AGI Guadalajara, 134.

² Certificación de Testimonio de D. Luis Tortolero y Torres, Guadalajara, 29 de abril de 1702, Testimonio de Autos sobre descubrimiento, conquista y reducción de las Californias, México, 5 de julio de 1704, f.600v, AGI Guadalajara, 134.

de la vivienda; se refugiaban en cuevas o se enterraban en el suelo buscando calor. En algunos casos hacían mamparas de ramas o piedras en forma circular como protección de los elementos. Los hombres iban generalmente desnudos, tatuados y con elaborados tocados; los pericúes, por ejemplo, adornaban sus cabellos con una especie de peluca de plumas, y las mujeres se cubrían con faldas de fibra vegetal o pieles. Sus descripciones abundan en las crónicas jesuíticas, como en la carta del P. Kino al P. Francisco de Castro escrita en el Puerto de San Lucas, el 27 de julio de 1683: “Los hombres no usan de vestido ninguno si no es de un cupi de plumas en la cabeza. Las mujeres usan de unos pellejos que les llegan desde los pechos hasta el suelo” (Kino 1964: 207). Otros misioneros describían los aspectos rituales de algunos grupos cercanos a Loreto, el primer enclave misionero: “[...] no usan sacerdotes, que para sus funciones se visten de una vestidura de cabellos, en forma de una cabellera postiza de la cabeza a los pies les coge muy recatados en sus ritos [...]”³.

Al frente de cada ranchería se encontraba un jefe de guerra que los españoles denominaron capitán. Este debía sobresalir como guerrero y compartía el poder con los chamanes o hechiceros. Se producían frecuentes guerras entre los distintos grupos, en que se usaban como armas: “[...] arco y flecha con pedernal, sin ponzoña, que no la conocen.” (Kino 1964: 207).

Poseían mitos cosmogónicos más o menos elaborados, sin estar necesariamente unificados. Las reminiscencias de un pensamiento totémico y el chamanismo como fenómeno de gran arraigo se manifestaban en sus celebraciones y bailes, sitios de culto, e ídolos con sentido ritual. Para realizar los ritos funerarios utilizaban las cuevas, en ellas dejaron también pinturas rupestres de enorme valor histórico (Fullola *et al.* 1993: 12).

Los lazos colectivos eran mantenidos mediante rasgos comunes como la referencia a un mismo territorio de caza, pesca y recolección, la celebración de festejos, bailes, guerras o ceremonias fúnebres (Río 1984). A pesar de los limitados recursos que ofrecía el medio natural estos pueblos alcanzaron un alto grado de adaptación al medio logrando un sutil equilibrio. Como ha explicado Ignacio del Río en su importante obra sobre el proceso de aculturación en Baja California: “ese equilibrio entre sistema cultural y ambiente tendía a ser estable precisamente por ser delicado, por ser frágil, porque su ruptura podía poner en crisis de sobrevivencia a aquellos exitosos cazadores-recolectores” (Río y Altable 2000: 21). Esta relación armónica era determinante para mantener la identidad cultural de estos pueblos.

³ Carta del P. Ugarte al P. Alonso Quirós, Loreto Conchó, 15 de septiembre de 1702, f.737v, AGI Guadalajara, 134.

INTENTOS DE CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE LA PENÍNSULA

Después del primer viaje financiado por Cortés, este realizó otros intentos colonizadores que, aunque pusieron pie en el territorio, no lograron subsistir. A las expediciones financiadas por el conquistador de México siguieron otros viajes de exploración, destinados a reconocer las costas de la supuesta isla, o asociados a las licencias otorgadas por la Corona para pesquería de perlas (Portillo 1947). Sin embargo, el reconocimiento de los litorales de California no solo fue alentado por las posibles riquezas perlíferas de la supuesta isla, que surgía resplandeciente con aura mítica semejante a la de las ciudades de Cibola y Quivira (Caballero 1966 y León-Portilla 1973) sino porque la Corona se vio muy pronto amenazada por la presencia de piratas en las costas del Pacífico e incluso en las costas de la península (Río y Altable 2000: 29 y Bayle 1933). Una vez que se asentó la presencia colonial española en Filipinas, y se descubrió una corriente marina favorable para el regreso de los barcos a América en 1565, se regularizó la navegación comercial a través del océano. Con ello se evidenció la necesidad de crear un puerto o asentamiento que protegiese el regreso de las naves procedentes de China o Manila. Estas tocaban tierra a la altura del cabo Mendocino, a 40° N, y desde ahí debían navegar hasta Acapulco. La península de Baja California (asociada aún a una gran isla o conjunto de islas) se convirtió, por tanto, en una región de gran importancia estratégica para defender las naves y en una escala durante el prolongado viaje hacia el sur. Así, las licencias y asientos para el descubrimiento y población de 'las Californias' se mantuvieron también durante el siglo XVII, pero no hubo asentamiento colonial estable.

La Compañía de Jesús entró en contacto con la historia peninsular ya entrado el siglo XVII⁴. Para algunos autores, como Velázquez (1985: 13), el interés monárquico por conectar sus posesiones del Oriente con las de Occidente coincidía con la disposición de la Compañía por integrar sus misiones asiáticas con las americanas. Más allá de un interés geopolítico, fue el mandato del gobierno colonial lo que impulsó a esta Orden a entrar en el primer proyecto de asentamiento de gran envergadura en la región.

Dicho proyecto se inició en 1682 con la organización de una nueva

⁴ Algunos autores dicen que su entrada se produjo en 1636 cuando el P. Roque de Vega, de dicha Orden, se sumó a la expedición de Francisco de Ortega (Río y Altable 2000: 31). Sin embargo, el estudioso Ernest Burrus lo niega aduciendo que no hubo nunca en la Provincia mexicana un jesuita con ese nombre y que a Ortega no lo acompañó nadie de esa Orden. Afirma, sin embargo, que en 1642, el padre jesuita Jacinto Cortés acompañó la entrada de Luis Cestín de Cañas, gobernador de Sinaloa. Véase nota de Burrus a la Relación puntual (Kino 1964: 244).

empresa colonizadora dirigida por el Almirante D. Isidro de Atondo y Antillón, totalmente subvencionada esta vez por la Real Hacienda. En ella participaron los Padres Eusebio Francisco Kino y Matías Goñi, jesuitas provenientes de la costa de Sinaloa con gran experiencia en el asiento misional. A pesar de la presencia de los religiosos esta fue, sobre todo, una empresa secular que buscó abastecer el establecimiento colonial con la producción agrícola ganadera y propició el enriquecimiento de particulares y de la Corona, mediante la extracción de perlas. El asiento español se mantuvo dieciocho meses y fue finalmente abandonado. En él se manifestaron por primera vez, y en toda su magnitud, los problemas más importantes que afectaron todos los intentos colonizadores en la península de California: por un lado, cómo ampliar los medios básicos de subsistencia de la población indígena de forma tal que se transformara en fuerza de trabajo capaz de mantener la presencia colonial y, por otro lado, cómo garantizar el abastecimiento externo del asentamiento mientras no fuera autosuficiente.

EL SISTEMA MISIONAL JESUÍTICO EN BAJA CALIFORNIA

Como resultado de su viaje y estancia en territorio peninsular el P. Kino ideó un proyecto de colonización misionera, germen del que llevara adelante la Orden diez años más tarde. Este se basaba en la disminución de la presencia hispana. De esta forma la Corona podía sufragar sus sueldos así como los estipendios de los misioneros; completar el sustento con las provisiones enviadas por las misiones jesuíticas de Sonora y Sinaloa en navíos de menor calado; y acudir a los socorros de los particulares para aumentar los recursos.

Otro jesuita, el P. Salvatierra, hizo suyo el plan. Junto con Kino recogió limosnas suficientes para volver a presentar, a la monarquía, la apertura de la conquista y conversión de California. Aquella aceptó la propuesta y el virrey otorgó la licencia de entrada el 6 de febrero de 1697. Con ella, se impusieron también ciertas condiciones que cambiaban sustancialmente el orden de prioridades del proyecto presentado por los jesuitas: todos los gastos correrían por cuenta de la Compañía de Jesús, incluido el sueldo de los soldados. Para ello, la Orden debía recurrir a las limosnas de particulares. Por su parte, el pago de la manutención de los soldados le daba a la Compañía el derecho de nombrar y remover al capitán, así como el de nombrar justicias. De esta forma convergieron en manos de los jesuitas dos poderes: el temporal y el espiritual (Crosby 1994).

Desde el real, misión y posteriormente presidio de Nuestra Señora de Loreto, fundado en 1697 como núcleo civil, militar y religioso de la colonización española en California se inició la nueva labor de expansión con la

creación de pueblos de visita y misiones. El territorio quedó dividido más tarde en tres rectorados: el de Guadalupe del Norte, el de Loreto y el del Sur (Díaz 1986: 56).

Según el permiso otorgado por el virrey a la Compañía de Jesús para entrar en la península, el control de la vida en este territorio se subordinó al poder del Padre Superior de California o Visitador. Este jesuita tenía la po-

MAPA 2. Misiones Jesuíticas en Baja California (1697-1768)



testad para remover al capitán y soldados del presidio, además de la que le daba su propia religión sobre los otros misioneros. Un Padre Procurador actuaba como administrador en Loreto controlando el reparto de los abastecimientos que llegaban a ese puerto desde el exterior, encargándose incluso de entregar el pago a los soldados.

Las reducciones jesuíticas de Baja California siguieron las pautas generales que había desarrollado la Orden en Hispanoamérica, pero la singularidad del territorio y sus habitantes las dotaron de características peculiares. De ordinario, la Compañía buscaba la congregación de los indios en estos pueblos, manteniéndolos lo más separados posible de los españoles. Intentaban además alcanzar la autosuficiencia a partir de la producción agrícola, ganadera y artesanal. Para suplir las carencias, sus establecimientos misionales intercambiaban productos entre sí o se relacionaban con el mercado regional.

En el caso de Baja California las misiones se formaron, desde un principio, con una población cristiana proveniente de la costa continental (población relacionada con la escolta militar, limitada en número pero con tendencia a un lento incremento) (Crosby 1994) y una escasa población aborigen fija perteneciente a las rancherías más cercanas. El resto de las rancherías contactadas pasaban periódicamente por las misiones. Los grupos permanecían en ellas de dos a siete días, como explicaba el P. Nicolás Tamaral en su carta al P. Visitador general de las misiones de Nueva España en 1730: “El número de las rancherías está repartido de suerte que cada cuarto de luna vienen seis rancherías a misa [...]” (Salvatierra 1946: 217). Durante ese tiempo, además de recibir la doctrina les daban alimentos. Una vez que salían de las misiones regresaban a sus habituales actividades de apropiación. Los pueblos de visita que allí existieron servían para mantener contactos esporádicos entre los misioneros y otras rancherías más alejadas.

La población indígena más asentada trabajaba en la construcción de ranchos e iglesias, acarreamo materiales; también se dedicaban a vigilar el ganado y al cuidado de los cultivos. Los hombres se dedicaban especialmente a las tareas agrícolas y constructivas; las mujeres, a las domésticas y artesanales como explicaba en la citada carta el propio Padre: “Acabado [el desayuno] cada uno acude a lo que se le ha encargado: los hombres al trabajo de campo o fábrica de iglesia [...]; las mujeres, unas a hilar algodón y lana, otras a hacer medias, otras a sus tejidos, que ya hacen de lana y algodón”. A cambio recibían lo necesario para su subsistencia, en forma de alimento y de una limosna anual de ropa. De su reparto se encargaba el misionero (Salvatierra 1946: 216-218).

Los jesuitas, como otros misioneros, acostumbraban entregar varios regalos a los indios en los primeros momentos del contacto. Entre los más

apreciados estaban los alimentos, sobre todo, el maíz. Muchos años después de instaurado el sistema misional en Baja California este método de entrega de víveres continuaba primando en la relación europeo-indígena. El preciado producto se mantenía como premio diario de raciones y se entregaba después de que los miembros de la ranchería escuchaban la doctrina ¿A qué se debía este hecho y qué consecuencias trajo?

El P. Salvatierra, fundador del primer asiento misional jesuita en la península en carta a su compañero el P. Ugarte, escrita en Loreto el 3 de julio de 1698, describía un fenómeno que comenzó a observar desde los primeros meses de su arribo:

[...] de repente se nos fue retirando toda la gente de su ranchería, para otra parte [...] Lo que hay de raro es que lo mismo fue irse estos que venir a poblar aquí otros de la misma nación, gente aún pareció de mejores entrañas, que estuvieron aquí ocho días asistiendo a la doctrina como los otros; y estos segundos también se fueron, y vinieron a vivir aquí otros de la misma nación, aunque, al parecer, de natural más fuerte, pero que vinieron a la doctrina, y se les predica a todos a Dios y a Jesucristo, aguardando si estas transmigraciones pararán en mal (Salvatierra 1946: 85).

El proceso tenía raíces muy profundas que se relacionaban con el carácter nómada de la población aborigen. Por eso estas migraciones no se detuvieron. En la misma carta Salvatierra se preguntaba cuáles serían sus causas:

[...] si es por idolatrías, como se supone, por ser el mes de junio, en que, según algunas relaciones antiguas dicen, se retiran los indios californios a idolatrar y a restablecer todos sus estilos de grandes agujeros en las orejas, en que caben muchos canutillos de carrizos, y agujeros en las narices [...] Otros suponen que esta gente se va a unas barrancas al madurar antes con antes las pitahayas, que volverán a su tiempo, como dijeron algunos de ellos [...] (Salvatierra 1946: 216).

No se alejaba mucho de la realidad el padre cuando se refería a la recolección de las *pitahayas* como elemento determinante del traslado indígena. Por eso, para los misioneros resultaba forzoso garantizar la supervivencia del ganado y la productividad de los cultivos como medio indispensable para mantener el establecimiento colonial. Pero, por un lado, la escasez de tierras aptas para la agricultura y la ganadería se reflejó en el escaso potencial productivo de casi todas las misiones (Baegert 1942) y, por el otro, para eso había que convertir a la población aborigen de recolectora-cazadora-pescadora en agricultora-ganadera, algo tan complicado como dar un salto cultu-

ral de miles de años en la evolución humana. La escasez de alimentos impedía mantener grandes grupos humanos asentados en las misiones; como consecuencia, la alimentación de estos grupos continuó dependiendo de las ancestrales actividades de apropiación, manteniéndose su carácter itinerante.

Este aspecto es importantísimo para entender el desarrollo posterior del sistema colonial pues como planteó el investigador Ignacio del Río: “[...] en la California jesuítica no se logró la sedentarización plena de la población aborígen, salvo en casos individuales o, en momentos ya tardíos, en los grupos muy disminuidos” (Río 1984: 123). Incluso cuando la población de una ranchería disminuía demasiado era trasladada a otro territorio, por lo que esos aborígenes perdían los escasos lazos territoriales que tenían.

Mientras este proceso no estuviese garantizado se iba a suplir el déficit de subsistencia desde el exterior, así como mano de obra de los propios españoles o de los indios traídos desde la costa continental de Nueva España, especialmente desde Sinaloa y Sonora. Los animales (ganado vacuno, equino y mular) alimentos (maíz, cecina, manteca, etc.), armas, tejidos, herramientas, elementos para el culto religioso, así como los estipendios de los misioneros y los sueldos de los hombres de armas se financiaron, en un principio, con las limosnas de los particulares o de congregaciones eclesiásticas. En conjunto fueron engrosando el Fondo de las misiones de California administrado por un P. Procurador que resistía en la ciudad de México (Velázquez 1985). Desde 1701 a estos se agregó el aporte monetario de la Corona. Los productos viajaban por vía terrestre desde México, Guadalajara, Sinaloa y Sonora. Luego de cruzar el Golfo, los efectos embarcados en Acapulco, Matanchel, Chacala y algunas zonas costeras de Sonora y Sinaloa se entregaban en el único puerto peninsular: Loreto. Para el traslado, las misiones contaron con navíos propios.

LA RESISTENCIA INDÍGENA A LA DOMINACIÓN: LA REBELIÓN DE 1734

Al no lograr establecer la sedentarización permanente de la población, la mayor parte de esta se vio obligada a transitar, periódicamente, de un sistema de vida a otro diametralmente opuesto. Pero en la medida en que, bajo la acción misionera, se fueron quebrando los lazos culturales que formaban a esas comunidades y los períodos de sedentarización se hacían más importantes -aunque insuficientes- se fue produciendo, también, un fenómeno de ambigüedad o dualismo cultural donde el aborígen, en contacto cada vez más frecuente con el misionero y su modo de vida, fue perdiendo su capacidad para sobrevivir en un medio adverso como habían logrado hacerlo sus ancestros (Río 1984: 189-193).

El lento proceso de desarticulación cultural no solo trajo aparejada la ruptura del sistema de subsistencia indígena, con sus consecuentes hambrunas crónicas, también produjo el quiebre del sistema reproductor de las comunidades con el simple hecho de imponer, por ejemplo, la monogamia como rasgo distintivo del proceso de civilización.

La implantación del sistema misional jesuítico en Baja California desencadenó un proceso de aculturación y, por lo tanto, de resistencia indígena al nuevo modelo socioeconómico que se intentaba instaurar. Esta no demoró en hacerse sentir y en los primeros años tomó la forma más común de hurtos menores: asaltos a la caballada y robos de animales, o emboscadas, tanto a los españoles como a los indios que apoyaban su presencia en el territorio. También se produjeron ataques directos a los españoles, como el asalto al real y misión de Loreto apenas tres semanas después de fundado⁵. Pero estos episodios fueron aislados y controlados por las fuerzas militares españolas hasta que en 1734, después de treinta y siete años de labor misionera de los jesuitas en Baja California, una fuerte rebelión aborigen puso en crisis el dominio de la Compañía en la península.

Por su desarrollo, la sublevación puede dividirse en dos etapas bastante bien diferenciadas. La primera se extendió desde fines de 1734, cuando los pericúes dieron muerte a dos misioneros jesuitas, hasta principios de 1736 y estuvo marcada por las acciones punitivas realizadas por los presidiales así como por el abandono, por parte de los misioneros y de muchos aborígenes, de las tierras de misión. La segunda se inicia en 1736 con el arribo del gobernador de Sinaloa, comandante Manuel Bernal de Huidobro con sus fuerzas militares de apoyo, y llega hasta 1737 cuando se dio por terminada la sublevación.

Primera etapa de la sublevación (1734-1736)

La revuelta se inició en el cabo de San Lucas, la zona más meridional de la península, en el territorio pericú que se había mantenido inconquistable hasta 1730⁶. Su evangelización se había realizado desde las misiones de San

⁵ Carta del P. Salvatierra al virrey Sarmiento y Valladares, Real de Nuestra Señora de Loreto, 28 de noviembre de 1697 Testimonio de autos sobre descubrimiento, conquista y reducción de las Californias, México, 29 de mayo de 1699. Expediente relativo a la entrada que hizo en California el jesuita P. Salvatierra, ff. 475v - 477r, AGI Guadalajara, 134.

⁶ Así lo explicaba el P. Jaime Bravo en carta al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Loreto, 18 de octubre de 1734. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.193v, AGI Guadalajara, 135.

Joseph del Cabo y Santiago. La tercera misión de la zona, la de La Paz, estaba a cargo del P. Sigismundo Taraval, misionero que residía en Todos Santos⁷. Este jesuita fue testigo presencial de todos los acontecimientos y legó a la posteridad la crónica de tres años de conflictos en su obra: *La rebelión de los Californios*⁸. Además de la crónica misionera, los documentos guardados en el Archivo General de Indias de Sevilla (AGI), contenidos en el expediente formado por el Consejo de Indias a raíz del levantamiento, constituyen una valiosa fuente de estudio de la rebelión⁹.

Los primeros síntomas se sintieron en julio del año 1734, cuando corrieron rumores de sublevación en el área más meridional de la península. Varios grupos indígenas abandonaron el territorio misionero y se refugiaron en zonas agrestes de difícil acceso. En octubre estalló el conflicto armado cuando los aborígenes sublevados dieron muerte a los padres jesuitas Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral. Cuando el furor de los rebeldes se descargó sobre la vida de los dos misioneros de la Compañía se sucedieron escenas de profunda violencia, según las describió el P. Taraval:

Juntáronse de casi todas las rancherías de la nación pericú y de tropel vinieron la mañana del día 1º de octubre de 1734 a la misión de Santiago. Tenía el padre algunos que le servían de resguardo en tiempos de recelos semejantes, mas a todos los habían ya pervertido; con eso, lo mismo fue llegar, empezar a dar gritos y a vocear libertad, que el venerable padre Lorenzo tomó su Santo Cristo y se fue a la iglesia, más antes de entrar delante de la misma puerta puso en el venerable padre las manos uno, después otro y otros a golpes y heridas le quitaron la vida. Desnudaron después su bendito cuerpo y [...] lo azotaron, después le quebraron a golpes la cabeza e hicieron en su venerable cadáver, hombres y mujeres, lo que no pudiera creerse. Hecho eso, lo arrastraron como [a] dos tiros de escopeta, y haciendo una grande hoguera lo redujeron todo a ceniza y con él un devoto cruci-

⁷ El P. Sigismundo Taraval nació en Lodi, territorio italiano, en 1700. Era hijo de padres españoles y pasó a California en 1730, ya ingresado en la Compañía de Jesús. Durante veintitún años misionó en la península. Fue vicerrector del Colegio de Guadalajara y prefecto de congregación. Murió en esa ciudad en 1763.

⁸ El manuscrito original se encuentra en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, en Chicago. El documento sufrió mutilaciones, no obstante, no pierde homogeneidad ni sentido. Fue editado por primera vez en idioma inglés en 1931, por *The Quivira Society*, Los Ángeles, California. Su primera edición castellana es la de Doce Calles, 1996.

⁹ Expediente sobre reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, en AGI Guadalajara, 135. Estos documentos están siendo estudiados como parte de la tesis doctoral que realiza la autora.

fijo, una estatua de María santísima, varios cuadros de santos y otras muchas cosas sagradas. Repartido cuanto había fueron a San Joseph [...] (Taraval 1996: 161).

Dos días después en San Joseph se produjo la muerte del P. Nicolás siguiendo los mismos patrones: empellones, golpes, heridas, quemaduras. Pero la ira aborígen parecía desbordada, según la narración de Taraval, quien agregaba:

Los principales fautores cargaron no solo con lo mejor que había, mas con los huesos de los venerables padres y con los cálices, cargándolos como triunfo de su apostasía. Mataron después [...] a cuatro mozos que servían a la misión [...] que quemaron después como a los venerables padres, lo que ejecutaron también con la familia de un soldado [...] Después mataron cuanto había de ganado menor, mayor y bestias; quemaron las iglesias, arruinaron las casas y pusieron a sangre y fuego cuanto encontraron [...] (Taraval 1996: 161).

De estos fragmentos se deben valorar varios aspectos importantes. Primero la violencia con que, siempre a través de las palabras del padre, cortaron los indígenas su relación con las misiones. Luego, que la destrucción de símbolos religiosos, tales como imágenes, el cáliz y la cruz, iba acompañada de la destrucción de aquellos elementos que caracterizaban el modo de vida impuesto representado, por ejemplo, por las bestias de tiro y las iglesias. De eso se deduce que la sublevación marcaba el descontento aborígen con todo el sistema, en el que la evangelización implicaba una 'civilización' previa, proceso que llevaba en sí mismo el sentido de la aculturación.

Resalta por último el término 'libertad' puesto en boca de los indios. Ya se ha observado cómo el sistema misional varió los ejes culturales más importantes de estos pueblos. Este cambio no podía producirse sin resistencia. De ahí el sentido liberador de la muerte de los misioneros. En el mismo sentido se expresaban los indígenas al declarar ante las fuerzas españolas sobre las causas de la rebelión:

Preguntóles también [el capitán español] por qué habían hecho la sacrílega infamia de matar a los padres. Respondieron [que] porque no los dejaba hacer los que querían y prohibía que tuviesen muchas mujeres (Taraval 1996: 91).

Las mujeres constituían uno de los pilares fundamentales en el sustento de estas comunidades y la poligamia era un recurso de supervivencia. Por eso, poligamia y libertad parecen haber estado unidas en el mensaje aborígen.

A partir de octubre de 1734 el conflicto se extendió por todo el sur. Si bien la revuelta había sido iniciada por los pericúes, pronto otros grupos siguieron su ejemplo¹⁰. Cada uno tenía su líder o motor, como lo llamaban los jesuitas, pero a raíz de la sublevación contra el enemigo común, y pese a antiguas enemistades, muchas rancherías se unieron.

Por lo general los cabecillas fueron los ancianos, los hombres más viejos, aquellos que habían detentado un poder importante dentro de sus comunidades como jefes o chamanes. Además, se sumaron como líderes de la sublevación hombres jóvenes resentidos por las continuas vejaciones de que eran víctima por parte de los soldados españoles, especialmente porque tomaban sus mujeres. Así le sucedió a uno llamado Fabián: “Lo que le hizo prevaricar fue el que [...] le quitaban los soldados su mujer, si hablaba le trataban de embustero, si se quejaba le amenazaban, y si lo procuraba estorbar, lo maltrataban.” (Taraval 1996: 143). Las mujeres jugaron un papel central en la resistencia, llegando a ejercer incluso el papel de hechiceras. Decía por ejemplo Taraval de un mujer que hicieron prisionera los soldados: “La manceba [...] era la más célebre hechicera de esos contornos; aún siendo mujer, era en su ranchería a quien no solo las mujeres, sino los hombres cedían, obedecían y seguían” (Taraval 1996: 162-163).

Para controlar la situación el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, salió con un grupo de presidiales a la zona de conflicto¹¹. Más tarde se le unió una fuerza de flecheros yaquis¹². Un mes antes de iniciado el levantamiento, la situación defensiva de las misiones era bastante pobre. Esta dependía del real presidio de Loreto que tenía una guarnición de veinticinco hombres para proteger doce reducciones dispersas en un enorme espacio geográfico. Por esa razón los religiosos habían pedido varias veces, y sin resultado, el aumento de la guarnición.

Por su parte los indios, armados con sus arcos y flechas, hostilizaban a las fuerzas hispanas de diversas formas. La táctica más utilizada fue la de

¹⁰ El P. Clemente Guillén informaba al obispo virrey, a finales de octubre de ese año, del levantamiento de una parte de los guaycuras de la misión de la Paz. Carta del P. Clemente Guillén al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Misión de los Dolores, 23 de octubre de 1734, Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.194v, AGI Guadalajara, 135.

¹¹ Carta del P. Clemente Guillén al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Misión de los Dolores, 23 de octubre de 1734. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.194v, AGI Guadalajara, 135.

¹² Carta del P. Jaime Bravo al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Loreto, 8 de marzo de 1735. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.200v, AGI Guadalajara, 135.

tender emboscadas. Refugiados en las zonas más intrincadas, en quebradas y cuevas, controlaron muchos de los caminos de tránsito obligado para comunicar las misiones. Con esto reducían los movimientos de sus habitantes y frenaban las comunicaciones. Muchos indios entraban y salían de ellas sirviendo de espías y desinformando a las fuerzas hispanas. Por eso, los rumores de levantamiento se expandían por doquier con rapidez, llegando incluso hasta las misiones del norte¹³.

La situación se tornó tan peligrosa que, a principios del año 1735, los padres jesuitas abandonaron sus reducciones del sur y se concentraron en la de Loreto¹⁴. Poco después lo hicieron los que misionaban en el norte. Ante el oscuro cariz que tomaba el levantamiento el arzobispo virrey, Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta, presionó al gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, para que tomara cartas en el asunto. Por el momento, el comandante se limitó a aumentar a 60 el número de hombres de armas enviando una escuadra desde la contracosta¹⁵.

Con estas fuerzas, el capitán del presidio de Loreto realizó varias expediciones punitivas por el sur peninsular. En estas se tomaron prisioneros varios cabecillas los que, una vez juzgados y bautizados, fueron pasados por las armas, como describió Taraval:

[El jefe] [...] habiendo tomado [...] las declaraciones a los presos, viendo tener varios delitos y todos o casi todos de muerte, les echó la sentencia. Eran gentiles, y así se les preguntó si querían ser cristianos; respondieron [...] con muchas veras que sí lo deseaban. Catequicélos, bauticélos y luego los mandó pasar por las armas (Taraval 1996: 115).

Por lo visto, con el bautismo de los gentiles tanto la conciencia del jesuita como la del militar quedaban tranquilas como para imponer el castigo. Los sublevados, una vez hechos prisioneros, manifestaban en muchos casos -según el testimonio del P. Taraval- su voluntad de morir: “[...] cuando esta-

¹³ Carta del P. Clemente Guillén al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Loreto, 7 de marzo de 1735. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.200r, AGI Guadalajara, 135.

¹⁴ Memorial del P. Jaime Bravo, Procurador de California, al arzobispo virrey, Loreto, 8 de marzo de 1735. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.201r, AGI Guadalajara, 135.

¹⁵ Carta del gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Presidio de San Felipe y Santiago de Sinaloa, 17 de octubre de 1735. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, AGI Guadalajara, 135.

ban en la capilla preguntaban algunos ‘¿Cuándo nos sacan a matar? ¿Qué esperan? ¿Acaben ya de matarnos!’ ” (Taraval 1996: 116).

Algunos indios de otras misiones fueron enviados como auxiliares de los presidiales, pero para ellos se dejó una función especial: la de enterrar a sus muertos. A las mujeres las tomaban prisioneras pues tenían una gran importancia. Por un lado, con ellas mantenían a los niños en territorio cristianizado, servían para explorar y buscar fuentes de agua, mientras se evitaba que sirvieran para informar a los sublevados. Por otro, se reducía la capacidad de los rebeldes para obtener recursos alimenticios (Taraval 1996: 96). Por eso algunas de ellas fueron desterradas por el capitán del Presidio a las islas que rodeaban la península.

Por su parte, la población de las misiones que se mantuvo fiel a los religiosos quedó apresada entre dos fuegos. Era acosada desde afuera por los rebeldes, que la atacaban o la conminaban a abandonar las reducciones. Dentro de ellas, la convivencia junto a los soldados españoles tampoco era la mejor:

Con mostrarse esos indios a cara descubierta muy fieles [...] habían vuelto contra sí a todos los apóstatas. Con esto, si se estaban en su tierra era con el continuo sobresalto de que los asaltasen juntos los rebeldes [...] si estaban en la misión no tenían qué darles y les quitaban, los soldados sus mujeres, de quienes son celosísimos; si se iban era meterse, estar y vivir en medio de los peligros [...] Si salían a campaña con los soldados, quedaban los antojos de otros sus mujeres, y salidos a campaña los soldados bien armados y mejor resguardados se estaban a caballo en tierra despejada detrás, y enviaban a los indios fieles desnudos por delante [...] (Taraval 1996: 141).

Por este motivo muchos indígenas buscaron asilo en las islas cercanas, aunque una gran parte se concentró en las regiones montañosas más meridionales. Estos sublevados intentaron cancelar todo contacto con el mundo misional y sacar a los españoles de sus territorios. Mataron a trece hombres de una nave de Filipinas que bajaron a tierra para abastecerse de agua, leña y lastre. Esa zona se había convertido en un punto de escala para las naves que hacían este recorrido después de tan dilatada navegación. Allí se reabastecían e incluso dejaban a sus enfermos en las misiones¹⁶.

¹⁶ Este ataque generó una relación de testimonios presentada en 1735 por el P. Juan A. Tompes, Procurador de las misiones jesuitas de California, al coronel Juan Gutiérrez Rubín de Celis. El documento estaba destinado a demostrar la necesidad de tener otro presidio en el sur con suficiente dotación de soldados para la conservación de las misiones frente a los ataques indígenas o de piratas. Testimonio de Autos sobre el estado de las misiones de

Segunda etapa: la entrada de Huidobro (1736-1737)

El ataque a los hombres de la embarcación de Filipinas imprimió un nuevo giro a la situación. El gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, llegó a Baja California a principios de 1736 y con él arribaron nuevas fuerzas militares. Sin embargo, sus planes no iban dirigidos a disponer acciones armadas contra los sublevados. Por el contrario, impuso una política de pacificación muy criticada por los jesuitas.

Desde el mes de febrero de ese año comenzó su periplo por la región meridional. Desde Loreto se dirigió a La Paz, aprovechando las ocasiones de contacto con los indios (que se acercaban por propia voluntad o que eran hechos prisioneros) para ofrecer la paz, enviando numerosos mensajes de perdón universal a los sublevados. El gobernador informaba al arzobispo virrey, Juan Antonio Vizarrón, que había dado obediencia a casi todos los indios de la misión de Santiago, y a una parte de los de San Joseph del Cabo, aunque esos últimos “[...] han dado suficientes motivos para haber experimentado el rigor de las armas [...]”, pero que se ceñía a las órdenes del arzobispo virrey, “[...] aplicando los más prudentiales y suaves medios, mientras el caso no obligare a tomar otra determinación”¹⁷. Los jesuitas rechazaron de plano la política de Huidobro. Decían que además de los mensajes convidaba a los indígenas con regalos, especialmente tabaco y maíz, y algo más ofensivo para los misioneros: les ofrecía cargos civiles y tierras. Ante esta última propuesta los jesuitas se mostraron indignados, pues: “[...] es decir, en una palabra, que los misioneros han sido usurpadores, que él vino a darles o a ponerles en posesión de lo suyo [...]” (Taraval 1996: 147).

Como revela la obra de Taraval, la relación entre los jesuitas y el gobernador fue muy tirante. Aquellos lo criticaban por ocupar un rol que creían les correspondía a ellos y dejar de lado las acciones de fuerza. Se sentían desplazados, como si el jefe militar hubiese usurpado su papel y decían:

[...] con los agasajos, con lo que decía y mandaba, ya los indios habían perdido en mucha parte, y algunos en todo, el aprecio de los agasajos del padre, el asilo, el amor y la confianza, y por consiguiente, los medios con

California; la sublevación y ataque a los marineros del Patache a Filipinas, México, 26 de abril de 1735. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, ff.215r-242v, AGI Guadalajara, 135.

¹⁷ Consulta de Manuel Bernal de Huidobro al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Misión de Santiago, California, 30 de abril de 1736. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, AGI Guadalajara, 135.

que se atraen y domestican, aseguran y logran, quedándole solo al padre lo que es sensible, que es reprender a los malos, y eso se les hacía tanto más sensible cuanto eran de la justicia agasajados, haciendo así abominables [a] los ministros, aborrecible la ley de Dios y frustránea y aún odiable la predicción evangélica (Taraval 1996: 180).

Por eso, los religiosos no escatimaron esfuerzos en desacreditar a las fuerzas del comandante, informando de aquellas acciones que consideraban negativas para el desarrollo de la actividad evangélica como, por ejemplo fomentar el robo:

[Estimulaban] el natural de los indios, la perversidad de algunos soldados que trajo el comandante, que los decían e incitaban a que nos hurtasen, comprando después ellos por un puñado de garbanzos, por poco de judías y por unas tortillas de maíz lo que tanto trabajo había costado agenciarlo y traerlo (Taraval 1996: 174).

Por su parte, Huidobro vertía en sus informes su opinión respecto a la Orden, criticando con especial acritud los amplios poderes que sobre las fuerzas militares del Presidio les había otorgado la licencia del virrey de 6 de febrero de 1697, pues desde entonces, decía Huidobro, el capitán del Presidio y sus soldados: “[...] no son más que mayordomos y criados de los Padres quienes a su arbitrio dan y quitan plazas”¹⁸.

Estos elementos muestran que en la península se exponía algo más que un conflicto personal entre un jefe militar y la Compañía de Jesús. Allí se evidenciaba un conflicto de poder que afectó a los jesuitas tanto en Europa como en América. La existencia de una Orden regular con gran autonomía, poder económico y muy cercana al poder político despertó una oleada de críticas que tuvieron su mayor pujanza en el siglo XVIII. Además, promotora de una política ultramontana, chocó frontalmente con los intereses regalistas de las monarquías ilustradas. Esta situación provocó la expulsión de los jesuitas de la mayor parte de los reinos europeos, de sus territorios coloniales y finalmente condujo la supresión de la Orden, en 1773.

A pesar de todos estos problemas, hacia finales de 1736, las misiones del sur estaban mejor defendidas y las fuerzas hispanas se mantenían en la región. Pero un elemento se hizo presente y agobiaba la vida de aborígenes,

¹⁸ Consulta de Manuel Bernal de Huidobro al arzobispo virrey J. Antonio Vizarrón, Misión de Santiago, California, 30 de abril de 1736. Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, f.281v, AGI Guadalajara, 135.

soldados y jesuitas: el hambre y la sed. Aunque militares y misioneros se mantenían con los abastecimientos que llegaban, de tanto en tanto desde Sinaloa y Sonora estos no alcanzaban para alimentar a los indios de las misiones, por lo que:

“[...] fue precisado el comandante [...] el decirles a los auxiliares que sollicitasen por los montes qué comer, a los presos que se lo buscasen sus mujeres, y a todos que aguantasen como podían. Para nosotros no faltaba [...]” (Taraval 1996: 171)

Los sublevados mantenían sus hábitos de recolección y caza, por lo que las expediciones militares hispanas afectaban sus formas de subsistencia. Estas actividades eran tan importantes que dejaban en segundo plano, incluso, el ataque a las misiones. Por ejemplo, cuando en el verano de 1735 los españoles esperaban el ataque de la ranchería de Anicá, ocurrió lo siguiente:

Mas, o fuese porque se arrepintieron los de Anicá, o fuese porque querían lograr el lance sin riesgo menor, o fuese -como algunos juzgaron- que esto era entretener [a] los soldados que los esperasen en la misión, y ellos, mientras tanto, tener tiempo de coger sus frutas en los llanos y contornos sin peligro, como lo hicieron, lo cierto es que no fueron los de Anicá ni otros algunos a Santiago, sino que gastaron todo lo restante de julio en coger frutas (Taraval 1996: 140).

Se repite aquí un problema ya esbozado: el sistema misionero de Baja California afectó el sistema de subsistencia indígena pero no lo suplantó con otro más eficiente. El papel de los religiosos continuó siendo el de administradores de un gran tesoro: los recursos alimenticios. Por eso en épocas de inestabilidad y crisis, como fueron esos años, el regreso de los aborígenes a las misiones constituía un gran problema para los padres jesuitas que se encontraban con grupos humanos acostumbrados a obtener alimentos en las reducciones y ahora no tenían que repartir:

Mas cuando podía [su regreso] causar alguna alegría, la apagaba totalmente la falta de víveres, el no tener qué dar, y el ver, así a los indios auxiliares como a los que iban viniendo, todos hambrientos, pues aunque estos, mientras están en los montes no les falta, en viniendo a la misión nada tienen si el padre no se los suministra (Taraval 1996: 171).

En octubre de 1736 el comandante dirigió una expedición punitiva que sí hizo uso de la fuerza de las armas y redujo a la obediencia a varios grupos.

Desde ese momento su política de paz comenzó a variar y el número de acciones armadas aumentó.

Para esta fecha, también podía sentirse el cambio entre los indígenas:

Antes mataban entre los montes ya la mula, ya el caballo y ya al indio auxiliar, ahora encontraban ya una casaca, ya un machete, ya otra alhaja y fielmente la traen. Antes los que venían eran espías de los otros, y ahora los espían. Antes los avisaban de cuanto sucedía en el real, ahora avisan de los que avisan. Antes avisaban a los otros para que se huyeran, ahora avisan en dónde están unos, y a los que pueden los van a prender [...] Antes, cuando venían, rebosaban altivez, descoco y aún desprecio, ahora agrado, humildad y obediencia [...](Taraval 1996: 173).

¿Por qué se había producido tal variación de actitud? Las acciones militares constituyeron, sin duda, un factor grande de disuasión pero este iba acompañado de uno más profundo: la falta de alimentos.

Los sublevados se habían ido retirando a los parajes más agrestes, alejados y montañosos, poco propicios para encontrar vegetales o frutas. La concentración demográfica en zonas cada vez más limitadas hizo que muchas personas dependieran de las mismas fuentes de recursos alimenticios, los que se iban agotando. Además la separación de las mujeres y los niños, tomados como prisioneros y desterrados de la península, afectaron la capacidad reproductiva de esas rancherías. En estas condiciones la pacificación y el regreso a la obediencia en la misión constituyó la única alternativa a la muerte por inanición.

No obstante, la rebelión no fue sofocada de golpe sino que se extinguió lentamente, quedando encerrada en parajes inhóspitos poco favorables para la supervivencia, presionada, además, por el aumento en la densidad de población y en consecuencia acosada por el hambre. Los indígenas regresaron, poco a poco, a las misiones en son de paz, aceptando la obediencia a la Corona. Los que no lo hicieron, murieron o fueron enviados a México. Sin embargo, ya el sur peninsular denotaba una tendencia a la disminución demográfica que aumentó cuando otras revueltas de pericúes y huchitíes, ocurridas a partir de 1740, fueron sofocadas drásticamente (Jackson 1991 y Ríos y Altamirano 2000: 59-60).

A pesar del conflicto entre Huidobro y los misioneros de la península, como consecuencia del levantamiento, todos coincidieron en el criterio de acrecentar las fuerzas defensivas del territorio, aumentando el número de plazas de soldados y creando un nuevo presidio en el sur (Martínez 1961: 226). Este debía servir para proteger a los misioneros, a los indios reducidos,

a la nave de Filipinas y a la presencia hispana en la región, frente al posible ataque de indios o piratas¹⁹. La propuesta fue enviada al Consejo de Indias y, aunque el proceso de consultas tardó largo tiempo, finalmente se llevó a cabo. En 1737 al terminar el levantamiento Huidobro tenía su cuartel en San Joseph del Cabo, donde dejó establecida una guarnición con treinta soldados. Después de varias consultas en el Consejo de Indias, una Real Orden del 13 de noviembre de 1744 promovió la conversión de esa guarnición en presidio (Navarro 1964: 89).

Desde la segunda mitad del siglo XVIII la presencia hispana y jesuita en la península había ganado en el aspecto defensivo. Sin embargo, ¿qué había que defender? Para 1768, con la expulsión de la Compañía de Jesús de América, la población autóctona de Baja California había sufrido un descenso demográfico muy grande del cual no se recuperó²⁰, a pesar de los intentos de repoblación llevados a cabo por las autoridades coloniales (Bernabéu 1994: 173). En 70 años de actividad misional varios grupos indígenas desaparecieron, no sin antes lanzar su postrero grito de resistencia ante la penetración colonial y el proceso de aculturación.

Fecha recepción: abril 2004.

Fecha aprobación: mayo 2004.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baegert, Juan Jacobo

1942. *Noticias de la Península americana de Baja California*. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.

¹⁹ Este hecho se constata en los numerosos documentos que sobre el tema aparecen en: Expediente sobre la reducción y pacificación de los indios sublevados en California, 1735-1743, y Expediente sobre escolta y defensa de misioneros jesuitas en California, 1744-1747, en AGI Guadalajara, 135.

²⁰ Según Ignacio del Río, la población disminuyó de unos 41.500 habitantes que había a fines del siglo XVII a 7.149 en 1768 (Río 1984: 225). La caída demográfica fue brutal, pero no se debe entender como un fenómeno posterior al levantamiento (aunque este y, sobre todo, las acciones punitivas hispánicas incidieron en ella) sino que se inició con la propia instauración del modelo misional jesuita. Este modelo, adaptado a las características de la península, comenzó a quebrar los ejes culturales de la población autóctona y, con ellos, su capacidad de supervivencia. Con él llegaron, además, las enfermedades euroasiáticas y sus fatales consecuencias, tema tratado por Robert H. Jackson (1991).

- Barco, Miguel del
1988. *Historia Natural y Crónica de la Antigua California; adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas*. México, UNAM.
- Bayle, Constantino
1933. *Historia de los descubrimientos y colonización de la Baja California por los Padres de la Compañía de Jesús*. Bilbao, Edit. Cultura Misional, S.A.
- Bernabéu Albert, Salvador
1994. La religión ofendida. *Revista complutense de Historia de América* 20: 169-180. Madrid, Editorial Complutense.
- Caballero Carranco, Juan
1966. *The pearl hunters in the Gulf of California, 1668*. Los Angeles, Dawson's Book Shop.
- Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos.*
1942. Madrid, Instituto de Cultura Naval.
- Cook, Sherburne
1937. *The extent and significance of disease among the indians of Baja California, 1697-1773*. Berkeley, University of California Press.
- Crosby, Harry
1994. *Antigua California: Misión and colony on the peninsular frontier, 1697-1768*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Díaz, Marco
1986. *Arquitectura en el desierto, misiones jesuitas en Baja California*. México, UNAM.
- Fullola, J.M., M.A. Petit, A.Rubio, V. del Castillo y M.M. Bergadá
1993. Esquema crono-cultural del poblamiento prehistórico de las sierras centrales de la península de Baja California, México. *Arqueología* 9-10: 3-15. México, INAH.
- González Rodríguez, Luis
1985. Hernán Cortés, la Mar del Sur y el descubrimiento de Baja California. *Anuario de Estudios Hispano Americano* XLII: 573-644. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Jackson, Robert H.

1991. *Demographic and social change in northwestern New Spain: a comparative analysis of the Pimeria Alta and Baja California missions*. Michigan, University Microfilms Internacional.

Kino, Eusebio Francisco

1964. *Kino escribe a la duquesa; correspondencia del P. Eusebio Francisco Kino con la duquesa de Aveiro y otros documentos*. Madrid, Ediciones Porrúa Turanzas.

León-Portilla, Miguel

1973. *Voyages of Francisco de Ortega, California, 1632-1636*. Los Angeles, Dawson's Book Shop.

1985. *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Martínez, Pablo

1961. *Historia de Baja California*. México, Editorial Baja California.

Navarro García, Luis

1964. *Don José de Gálvez y la comandancia general de las provincias internas del norte de Nueva España*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Piñera Ramírez, David

1991. *Ocupación y uso del suelo en Baja California: de los grupos aborígenes a la urbanización dependiente*. México, UNAM-UABC.

Portillo y Diez de Sollano, Álvaro del

1947. *Descubrimiento y exploraciones en las costas de California*. Madrid, Blass, S.A, Tipográfica.

Río, Ignacio del

1984a. *Conquista y aculturación de la California jesuítica, 1697-1768*. México, UNAM.

1984b. *A la diestra mano de las Indias; descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*. La Paz, B.C.S, Gobierno de Baja California Sur.

Río, Ignacio del y María Eugenia Altable Fernández

2000. *Breve historia de Baja California Sur*. México, El Colegio de México.

Rodríguez de Montalvo, Garci

1998. *Las sergas de Esplianacán*. Madrid, Ediciones Doce Calles.

Rodríguez Tomp, Rosa Elba

1999. La resistencia cultural entre los cazadores-recolectores de Baja California. *Historias* 42: 43-55.

Salvatierra, Juan María

1946. *Misión de Baja California*. Madrid, La Editorial Católica S.A.

Taraval, Sigismundo

1996. *La rebelión de los Californios*. Madrid, Ediciones Doce Calles.

Velázquez, María del Carmen

1985. *El Fondo Piadoso de las misiones de Californias; notas y documentos*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores.